

NAREDO, José Manuel:
*Raíces económicas del deterioro ecológico y social:
Más allá de los dogmas.*
Madrid, Siglo XXI, 2006.

ERNEST GARCÍA GARCÍA
DEPARTAMENT DE SOCIOLOGIA I ANTROPOLOGIA SOCIAL
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

José Manuel Naredo es un economista original porque pretende ser científico. Quiero decir: porque lo pretende seriamente. Porque no sólo pretende simularlo, sino serlo. Sabe que la idea usual de sistema económico (como un sistema autosuficiente y circular de producción-consumo en el que todos los elementos pueden ser sustituidos sin límite por uno solo de ellos: el capital, el dinero) es ideológica, no científica. Y, en lugar de negar la evidencia refugiándose en un formalismo cada día más abstruso, como hacen muchos de sus colegas, trata de volver a los fundamentos para poner la economía en su sitio, para describirla/re-escribirla de un modo que sea compatible con el hecho de que las sociedades humanas son un sistema abierto, que puede cambiar y evolucionar si y sólo si encuentra en su medio ambiente fuentes de energía y materiales útiles y también depósitos para los residuos de su actividad (sumideros, como se dice ahora, seguramente porque la palabra sumidero sugiere algo de la irrealizable esperanza en que los residuos puedan hacerse desaparecer).

El texto reseñado aquí es en cierto sentido una síntesis y una revisión del trabajo de Naredo durante toda una vida. Desde los primeros balances energéticos de la agricultura española o el recuento del

saqueo de los recursos naturales de Extremadura, hace ya muchos años, hasta lo más reciente. En la primera parte vuelve sobre la temática de dos libros muy importantes. La economía en evolución, de finales de los ochenta, en el que había replanteado la historia de las ideas económicas, desde los fisiócratas hasta hoy, explicando cómo se había generado la ilusión científica de un sistema económico autosuficiente y cómo debería corregirse esa ilusión para poner de nuevo a la economía “sobre sus pies”. Y *Desarrollo económico y deterioro ecológico* (1999), en el que, entre otras muchas cosas, había desarrollado un singular esfuerzo pionero por cuantificar los flujos de materiales para el conjunto de la economía mundial. Este trabajo de Naredo y Valero ha sido una contribución sustancial para deshacer el mito de que las sociedades más modernizadas (postindustriales, de la información, etc., según la terminología al uso) están siguiendo un camino de desmaterialización. Todo lo contrario, y no hay que sorprenderse de ello: todo el mundo puede ver que los televisores y los ordenadores se han sumado a los coches y a las carnes rojas, no los han reemplazado. Hace ya mucho tiempo desde que el sociólogo Daniel Bell anunció que el “juego contra la naturaleza” había dejado de ser un pro-

blema para las sociedades postindustriales, basadas en la información y los servicios. Esa afirmación es hoy todavía más falsa que entonces: ¿acaso el debate sobre el cambio climático no es una demostración evidente? ¿O el conflicto interminable sobre la ocupación del territorio -o sobre el agua- en el País Valenciano?

La primera parte del libro revisita esas dos líneas de trabajo. Además, al final, hay un interesantísimo balance político-económico-ecológico de la última década. En él Naredo establece las conexiones entre los procesos que la apologetica de la época llamó “sociedad de la información” o “nueva economía” y la formación de una gran burbuja financiera, así como con la posterior huida hacia adelante en forma de burbuja inmobiliaria. Y, como resultado, una nueva vuelta de tuerca al deterioro ecológico y a la inestabilidad política en el mundo. Un análisis apasionante (y, vale la pena insistir ahora: muy confirmado por los hechos).

En la segunda parte, en la que incide sobre reflexiones más recientes, se pregunta por qué la gente no se rebela. Y responde que porque hay una tendencia natural al conformismo, porque se tiende a creer en soluciones fáciles y en desenlaces felices y porque hay una aspiración universal al consumo. Bueno, sí, el desarrollo ha sido la gran religión universal de la segunda mitad del siglo XX, pero la cuestión es por qué se sigue creyendo en él, por qué unos y otros siguen creyendo en él. Por qué, si en sociedades como la nuestra hace ya tiempo que es bien dudoso que más crecimiento signifique más bienestar (ni siquiera más bienestar material a corto plazo) el crecimiento continúa siendo incuestionable. Y eso requiere ir más lejos, demoler los fundamentos mismos del mito.

En esa dirección, propone, habría que transformar la economía desde la disciplina que actualmente circunscribe su razonamiento al universo aislado de los valores pecuniarios hacia otra abierta y transdisciplinar (p. 138). Pero ¿qué frena esa transformación? El conformismo de los economistas y de las poblaciones, que se refuerza mutuamente, dice. (Supongo que el manual de Daly y Farley, por ejemplo, debería enseñarse en el primer curso

de las facultades de económicas -y de ciencias ambientales, por cierto).

En la parte final del libro hay muchas reflexiones audaces, exploratorias de temas menos tratados pero sumamente importantes. Es el caso, por ejemplo, de la crítica a la mitología del trabajo y la producción. La razón productivista del trabajo nació junto a la economía y al capitalismo. En otras sociedades significó otras cosas, o incluso la palabra no existió (ni la distinción entre actividades que se consideran productivas y el resto). Para que el concepto de trabajo productivista se impusiera tuvieron que darse cuatro condiciones: 1) que se extendiera entre la población el afán de acumular riquezas; 2) la unificación de la noción de riqueza como riqueza monetaria; 3) que las personas se creyeran capaces de producir riquezas; 4) que se postulara que el trabajo era el instrumento básico de esa producción de riquezas (p. 162). Aunque esa razón productivista tiene menos peso en las sociedades actuales de servicios y ensamblaje, en las que no se produce casi nada material, se ha visto apuntalada por el hecho de que el trabajo sea la única vía de integración en la sociedad. El círculo vicioso de trabajo compulsivo en aumento, paro, competitividad, insolidaridad y segmentación social sólo tiene como alternativa una situación que aborde simultáneamente la reducción del dominio del lucro y el trabajo dependiente, el incremento de las actividades gratificantes e intercambiadas, la reorganización y redistribución del trabajo asalariado, la liberación del tiempo libre del “trabajo sombra”... Hay que desmitificar el trabajo, pues, dice Naredo.

En el mismo sentido va la crítica de la mitología del desarrollo. Tras recordar sus orígenes y su historia, desde Marx (desarrollo de las fuerzas productivas) a la usurpación post-1945 y a la conversión en gran objetivo universal, Naredo se centra en los límites. El desarrollo no es generalizable debido a los límites ecológicos (la gran promesa, pues, no puede cumplirse). E insiste lúcidamente en los aspectos más deformadores del discurso ortodoxo. El desarrollo —sostiene— no es el despliegue de una capacidad de producción interna (endógena), sino la adquisición de una ventaja posicional: “podemos

caracterizar el llamado *desarrollo* de un país como su avance hacia posiciones de dominio en la *adquisición* de la riqueza planetaria” (p. 222). Algo que hoy ocurre sobre todo por dos vías: trepando hacia los tramos más valorados de la “curva del notario”, es decir, especializándose en actividades de alto valor añadido e inclinando así a su favor las relaciones de intercambio; y consiguiendo atraer ahorro del resto del mundo a base de emitir pasivos no exigibles que el resto del mundo demanda. El desarrollo, más que producción, es adquisición y desposesión.

Hay, por último, un proyecto teórico bien original, que apunta a conectar en una única matriz analítica el capitalismo financiero y la bulimia material. Una idea que habían perseguido Soddy (y tras él Daly), y también Odum (con sus elaboraciones acerca de la *energía* que explican que la “sociedad de la información” requiere una inmensa disipación de energía). Naredo plantea ese proyecto mediante un “modelo fuerte”, que llega incluso a presentar formalmente y que bautiza con

una expresión cargada de ironía: la regla del notario. La idea parte de la asimetría entre la valoración monetaria y el coste físico de los procesos, fácilmente observable: los productos de la actividad extractiva o recolectora son baratos y en cambio el producto final, así como la información incorporada al proceso, son caros (son más valiosos, se supone); los trabajos duros y físicamente penosos son los peor pagados. . . Me parece que no consigue librarse del todo de las dificultades que limitaron esos intentos anteriores, porque no hay manera de ligar firmemente el valor económico de algo con la energía disipada al dar lugar a ese algo, y porque la dirección de la asimetría depende de condiciones institucionales (esto es, remite en última instancia a relaciones de dominio y poder), pero con eso y todo la propuesta de Naredo es bien original y estimulante. Por lo menos, ofrece un fundamento teórico a las teorías que se han ocupado de tal asimetría, como las sociologías de la dependencia o del sistema-mundo.

